

# LA MODA

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—LA HEROINA DE LAS GUERRAS DEL LÍBANO, por D. B. del Barco.—LA HIJA DEL MAR, cuento, por D. E. Llofrui y Sagrera, *conclusion*.—UN BAÑISTA, ó EL AMOR Y EL MAGNETISMO, por D. B. del Barco.—GEROGLÍFICO.

## REVISTA DE TEATROS.

Principiemos por el del Balon, el cual ha puesto en escena hace pocos días el *grandioso drama* (son palabras del anuncio) titulado *El famoso José María*. De él, pues, vamos á ocuparnos brevemente.

Los bandidos y los salteadores hace años que dan abundante materia de argumento á los melodramas franceses y hasta á sus óperas cómicas, de lo cual tenemos un ejemplo en *Fra-Diávolo*. Ahora bien, un país que, como el nuestro, posee á Sierra Morena, tan rica en tradiciones de desvalijamientos; un país que cuenta por centenares las grandes celebridades de trabuco; un país que ha querido immortalizar en los romances de los ciegos semejantes hazañas, no podía quedarse atrás en el empeño de presentarlas en la escena, coadyuvando así á la fama póstuma de esta repugnante canalla, de esta turba de pillos á quienes solo ha dado valor la impotencia de los gobiernos.

Con tan buena cosecha dentro de casa, dicho se está que habrían de sobrnos tipos históricos y nombres venerados en las tabernas. Podíamos escogerlos como entre peras, y de ahí surgieron Diego Corrientes, Jaime el Barbudo, Francisco Estéban y por último José María, personaje contemporáneo, y cuya existencia fué por muchos años un padron de ignominia para la sociedad española.

Ahora bien; nosotros vemos en *Fra-Diávolo* un completo cuanto astuto bribon que solo inspira odio. La moral así lo exige; pero Diego Corrientes, Francisco Estéban y José María no son nada de eso: son personajes de interés, son gentes muy honradas, muy amables y muy caritativas, que reparten con los pobres el dinero que roban á los ricos, que se muestran leales y valientes, que no

matan nunca mas que á los soldados que los persiguen, que poseen además modales nobles y distinguidos, en suma, que son unos caballeros muy decentes, los cuales si roban el dinero de los demás, y si se ponen en lucha abierta con la sociedad, es porque la sociedad no les ha venido á ofrecer riquezas ni posicion, porque les ha hecho la injusticia de exigir de ellos que honradamente se ganen el sustento.

Convengamos en que los tales tienen razon y ella no. De aquí el interés que se toma el público por semejantes héroes de encrucijada, y de aquí los gritos de alegría con que festeja sus triunfos contra la fuerza pública.

Con algunos dramas como el de José María vamos derechos y sin tropezar en rama al comunismo, y de allí á la disolucion social. No se arrojan en valde semejantes semillas sobre los pueblos: no en valde se vé y se aplaude el robo del rico en beneficio del pobre: no en valde se presenta á la sociedad actual como á una miserable prostituta que solo tiene favores para el que puede pagarlos: no en valde, en fin, se ponen ante los ojos de la multitud á hombres en quienes resplandecen todas las virtudes, todos los géneros de prestigio, y que sin embargo roban, no para enriquecerse, sino porque creen ejercer una mision noble distribuyendo igualmente las fortunas á hombres que con el beneficio hacen olvidar el robo y hasta lo hacen aplaudir.

¿Qué consecuencias sacamos nosotros de estas premisas? ¿Qué consecuencias sacaran los espectadores? Nos asustamos ante esta reflexion.

Respecto al argumento, el drama en cuestion se parece á sus compañeros de género como un huevo se parece á otro. Está, sin embargo, salpimentado con algunas circunstancias algo mas subidas de punto y que realzan mas su sabor. Por ejemplo, allí José María aparece en relaciones amorosas con una ilustre dama, esposa de un vizconde, viéndose ya en el segundo acto las consecuencias vivas de aquellos amores en una interesante criaturita.

Al drama, como se vé, no hay por donde cojerlo para que no tizne.

Por feliz desenlace de la obra José María es indultado y se casa con la frágil mamá, puesto que el vizconde ha muerto al volver de América. Esta



muerte se celebra por aquella cuadrilla de pillos como pudiera la del cerdo. Es un final digno de las tendencias del drama.

Lo peor es que lo del indulto es histórico. Hubo en efecto un gobierno que capituló con un ladrón de caminos porque por muchos años había sido impotente para hacerlo ahorcar.

El Principal continúa con la misma animación. El Sr. Romea ha estendido su mágica vara, y el público acude allí á sudar el quilo á trueque de ver y de admirar al eminente actor. Diremos algo de las funciones en que ha tomado parte.

*La Mogigata* de Moratin dormía años ha en los archivos de los teatros ó en las bibliotecas de los aficionados. Temíase despertarla, porque los públicos de hoy no se contentan con una obra bien escrita: los ferro-carriles y los vapores los han acostumbrado á un movimiento mas rápido: la época actual ha menester emociones mas vivas, y cuando no se hace reír á un público es fuerza que se le haga llorar. Había razón, por tanto, para temer que *La Mogigata*, pura comedia de carácter y rebuscando reflexiones filosóficas hasta por encima del peluquín de uno y otro viejo, no hiciese el efecto ni produjese el agrado que ofrece leída en el rincón del gabinete; porque ella es como una miniatura, que se vé con gusto de cerca y á cierta distancia se pierden sus mejores toques.

Necesitábase, pues, un talento como el del Sr. Romea para que pudiera hacerse aplaudir, si no de todos, de muchos por lo menos de los espectadores. Esto fué en efecto lo que sucedió, y así es que el papel del mozo estúpido y mal educado, á cargo del espresado señor, y del criado bribón y travieso, que desempeñó el Sr. Capo, levantaron la obra, por mas que Moratin no creyese de seguro al escribirla que en uno ni en otro papel estuviese el éxito, y si en los de los dos viejos, que eran los que él trabajaba con mayor predecepción.

Hay obras que por una especie de tradición escénica se han convertido en piedra de toque del mérito de los primeros actores. Tal es *La huérfana de Bruselas*, drama de grandes efectos y de difícilísima ejecución, drama sabido de memoria por cuantas personas concurren con alguna asiduidad á los teatros, y que al interés natural de su argumento lleva unido por lo común el deseo, no menos natural, de comparar las condiciones del desempeño en los artistas que toman á su cargo el papel de Walter, que si no es el mas bello artísticamente considerado, es sin duda el de mayor importancia y trabajo.

Razón era esperar mucho de quien esta vez á su cargo le tenía; pero si mucho esperábamos, no era ciertamente mas de lo que vimos. Aquel terror que se pinta en su faz cuando es traído preso en el último acto, aquel desorden en toda su persona, aquel supremo esfuerzo que hace para parecer tranquilo, aquella voz apagada con que acepta la prueba á que se le somete; todo en fin nos reveló al gran actor, al que sabe unir el estudio al talento, al que comprende, por último, que en un papel una circunstancia al parecer insignificante suele tener una

importancia inmensa, porque ella basta á caracterizarlo y definirlo.

Sin embargo, en saber buscar esta circunstancia, en acertar á presentarla, es precisamente donde está la perfección del arte.

No hay que decir que el Sr. Romea fué grandemente aplaudido durante la representación y concluida esta. Eso ya se sabe.

Con *Otra casa con dos puertas* y con *Un ramillete y una carta*, producciones ambas ya de antiguo conocidas, cerramos la revista de hoy. En ambas obras nuestro primer actor se ha conservado á toda su altura. ¡Qué admirable juego escénico el suyo! ¡Qué sorprendente verdad! ¡Qué posesión del arte en una palabra!

Continuaremos otro día, principiando por la graciosa comedia *Sin prueba plena*, en la que el dicho autor no ha valido menos que en las anteriores, y en la que además la señorita Berrobianco nos dió otra nueva muestra de la flexibilidad admirable de su precoz talento.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## LA HEROINA DEL LAS GUERRAS DEL LIBANO.

"Nada por todos, todo por uno ó por.... una."

No conozco espectáculo mas encantador que esas bellas mañanas del Oriente que ofrecen en pocos instantes una sucesión de panoramas infinitamente variados; cuadros sin objetos en los que solo la luz forma su encanto. Encanto móvil que ningún pintor podrá trasladar al lienzo, que le fija, como uno puede en la memoria y le encuentra mas tarde, cerrando los ojos, con su magia ardiente, aunque pasajera.

La princesa Mirana, Ben-Ismaíl, jefe druso, la comitiva y yo nos perdimos en las estrechas sendas de la montaña. La primera marchaba á la cabeza de aquella pequeña escolta. Cuando el camino se ensanchaba nos colocábamos á su lado; pero la mayor parte de las veces teníamos que desfilar uno tras otro. Yo experimentaba una turbación secreta al ver ondular su velo. Ella, de cuando en cuando, se volvía hacia nosotros.

Esta heroína del Líbano era muy jóven: sus facciones no acusaban aun veinte años: su traje oriental, tan á propósito para hacer resaltar la magestuosa y poética belleza de la mujer, nada tenía de los drusos ni de los maronitas; era una mezcla de trajes turco y árabe, combinados con elegancia. En vez de llevar como la mayor parte de las mujeres del Líbano, el cuerno de oro ó de plata sobre la frente, dejaba caer por encima del casquete de tela encarnada un velo de colores vivos, que recogido hacia las sienes por un cordón de lana púrpura, flotaba al rededor de su cabeza, cayendo en graciosos pliegues sobre los hombros: su túnica corta y entreabierta dejaba ver el vestido de finísima tela bordada en oro, que se medio cerraba sobre una



camisa de seda. Unos largos pantalones hasta el tobillo, daban paso, no á la rastrera y perezosa babucha de las turcas que viven en la indolencia del harem, sino á la estrecha y ajustada botina de pies dispuestos siempre á marchar.

A medida que adelantábamos, nuestra vista abarcaba mayor extension, y el Líbano se nos aparecía en todo su esplendor.

Luego estuvimos en medio de la montaña. Mirana se detuvo en una plataforma natural construida por rocas. Encima de nuestras cabezas los dentellones de las crestas dibujaban sobre el azul del cielo su elegante perfil, caprichosamente coloreado por los fuegos de la mañana. A nuestros pies se perdía la vista en los abismos de verdura de donde se exhalaban los perfumes de mil plantas nacidas en aquel mismo día. Estendíase á lo lejos en vistosa perspectiva la llanura tapizada de doradas mieses, las praderas sembradas de esmeraldas y un recinto fluctuante de moreras y macilentos olivos.

—He aquí nuestro reino, dijo Mirana extendiendo la mano. ¿No tenemos razon en querer defenderle?

—¿No es necesario antes conquistarle? la pregunté yo.

—Nos pertenece! replicó. Desde hace mucho tiempo conocemos ya á los Osmalins solo por el tributo. No les servimos y no tienen sobre nosotros mas que el nombre del imperio. A nadie obedecemos sino á nuestros príncipes: y este tributo, última señal de la derrota, no le satisfaríamos, si Dios nos favorece.

—Esta vez, añadió Ismail, lo pagaremos con sangre.

Eran las diez de la mañana: el sol, recordando las comparaciones de nuestros antiguos poetas, se lanzaba como un gigante con la coraza de oro, en la carrera del cielo. Sus rayos menos oblicuos, fatigaban á nuestros caballos.

—En la primera fuente, dijo Mirana, haremos alto.

Muy pronto en un repliegue de la montaña, descubrimos una especie de lago de sombra y de frescura.

En el centro se levantaba una pequeña mezquita. Cuatro paredes verticales, blanqueadas con cal, reflejaban la luz como un ardiente-reverbero. Apenas estaba indicada su modesta cúpula; tan chata era que casi enrasaba con la línea del techo. No tenia minarete, pero muy cerca, una soberbia y corpulenta palmera arrancaba del suelo á modo de flecha. Su copa se desplegaba en ramillete de hojas verdes sobre las que brillaban encarnadas frutas. Un arroyo penetraba en la mezquita por la extremidad derecha y salía por la opuesta.

—El sitio parece á propósito, dijo Mirana; descansaremos aquí.

Nos apeamos: los soldados ataron sus caballos, se extendieron las provisiones sobre el musgo y nos desayunamos á la sombra de un sicómoro.

Aun cuando Mirana fuese superior á todos los que la rodeaban, no la dispensaron ninguna de esas atenciones que en la respetuosa galantería de Oc-

cidente, son la verdadera política del corazón. La trataban como á hombre: para ellos era un compañero y nada mas. Lejos de ofenderme de estas costumbres medio bárbaras, estaba mas bien tentado de regocijarme, viendo que Mirana no era para ninguno de aquellos hombres, objeto de una atencion demasiado delicada.

Los orientales comen de prisa. Nosotros hubimos de acabar muy pronto nuestro frugal almuerzo. Mirana nos invitó á dormir la siesta para entrar en el desierto. A excepcion de ella y de mí, toda la comitiva se fué tendiendo á la sombra, cubierta la cara con la chilava.

Yo me aproximé á la princesa.

—Estoy segura, me dijo con un acento grave y pausado, que yo trastorno todas vuestras ideas sobre el Oriente. Me veis libre, sola, en medio de estos hombres, ocupándome de intereses que de ordinario no se confían á las mujeres. Esto consiste, añadió con una sencillez encantadora, que yo no soy enteramente una mujer como las demás.

—Así lo veo, la respondí.

Aparentando no cuidarse de mi respuesta, continuó:

—Hija del Líbano, tengo aquí una libertad y una independencia casi europeas. He sido educada en las ideas y costumbres de vuestro país.

—Por desgracia! murmuró Ismail apoyándose sobre los codos.

—Mi madre era maronita, repuso Mirana sin hacer caso de tal interrupcion, y se casó con un hermano del Emir de los drusos, de quien soy la sobrina predilecta. Mi padre murió joven; mi madre no le sobrevivió sino algunos meses.

Perdí al primero en un viaje que hicimos para visitar á nuestros parientes cristianos y me quedé con ellos. No tardó mucho en estallar una de esas guerras tan frecuentes entre drusos y maronitas que devastan la montaña. La familia de mi padre me reclamó: los parientes de mi madre no querian entregarme. No habia cumplido aun diez años y ya se batian por mí.

Mi madre que era cristiana me cogió en sus brazos, huyó conmigo hasta *Beyrouth* y me ocultó en el convento de damas francesas.

—¡Maldito sea aquel día! exclamó Ben-Ismail á manera de aparte. Mirana le dirigió una severa mirada. El druso se recostó refunfuñando como los dogos medio salvajes.

—En el convento, prosiguió Mirana, empecé para mí una nueva vida. Descubrí cosas que jamás habia sospechado. Mi padre me hizo educar en la religion de los drusos. Deseaba afiliarme á la secta de los akals. Esta palabra quiere decir sabio, añadió con una sonrisa llena de malicia y gracia, creo que hubiera tenido que hacer un largo noviciado antes de ser admitida. Mi madre que era cristiana no podia hacerme participar de sus creencias; pero á menudo, cuando estábamos solas me decia, que por encima de Alah y de Mahoma, habia un Dios grande, bueno, justo, único, eterno, ante quien no eran nada todos los demás dioses.

Mi padre me repetía todo lo contrario al día si-



guiente y como era para mí igualmente bueno que mi madre, no sabía á quien creer. Pasé cuatro años en el convento. Debo hacer á las religiosas la justicia de que no me procuraron catequizar. Estaban encargadas mas bien de cuidarme que de instruirme. Pero hay cierto contagio en lo bueno; no pudieron defenderme contra su ejemplo; mi pensamiento se hizo católico.

Entretanto fué descubierto mi retiro. A continuación de una tregua, mi tío quiso hacer de mí una de las condiciones del tratado de paz. Hubiera sido demasiado ridículo atizar el fuego de la guerra en el Líbano por una niña. Me entregaron y fui conducida á los drusos. Tenía entonces catorce años.

La vida oriental con su calma, su apatía y su molición, será quizás buena para las mujeres que no hayan conocido otras. Encontré la soledad en medio de la familia y el enojo en el Líbano desierto. Un acontecimiento que conoceréis mas tarde, vino á aumentar mi tristeza y mi independencia.

Ismail se volvió hacia nosotros y clavó sus ojos en Mirana.—No sabía ya, continuó la joven, en qué ocupar mis días, cuando la guerra de Ibrahim dió pábulo á mi pensamiento y objeto á mis deseos. La presencia del Bajá promovía muchas cuestiones entre los nuestros y la guerra que emprendía contra los turcos, hacia posible entre las tribus del Líbano, por largo tiempo divididas, una alianza vivamente deseada por sus jefes. No se trataba mas que de entenderse; esto debe ser una cosa fácil, siendo los intereses los mismos. Hablóse de ello delante de mí en casa del Emir mi tío. Los lazos del doble parentesco me aseguraban un crédito casi igual entre drusos y maronitas. Creyóse que quizás podría yo aproximar los partidos y servir á la causa del Líbano. Muy pronto no tuve mas idea que esta. Llegó á ser el sueño de mi vida. Conocía á todos los jefes, por haberles visto en una ú otra de mis dos familias; á todos les estimaba; amaba sus virtudes y me quejaba de sus extravíos. Tan solo aborrecía sus odios.

Sabíanlo en la montaña; sabían tambien que deseaba la union de todos y que no hubiera consentido la esclavitud de ninguno. ¿No soy hija de los unos lo mismo que de los otros? La sangre de los maronitas corre por mis venas, mezclada con la de los drusos. Ni estos ni aquellos han nacido para obedecer. Porque conocen mis sentimientos han querido escuchar mis palabras.

Otros tienen el mando, yo un poco de autoridad. El pueblo me cree. ¿Visteis ayer en casa de Achmet al druso Joufouf y al maronita Zebdani?... Hay millones de valientes, como ellos, en la montaña... Todo el Sud y todo el Este se hallan prontos... Solo los derviks y los emires se resisten... Si ellos quisieran compraríamos la riqueza y la libertad para estos parages los mas nobles y bellos del Asia. ¡Si este país encontrará lo que ha perdido, ó yo moriré de pena!

Y como advirtiése que la admiraba:

—No hago mas que pagar mi deuda, añadió con amable sencillez. ¿No es mi país al que sirvo?..

Pero extranjero á vos, que os consagrais á unos desconocidos, ¿cómo recompensaros?

—No dándome las gracias por ello. No me hagais mejor de lo que soy, la respondí. Veo que en general no se ama á todo el mundo mas que por no amar á nadie. ¡Perdonadme! pero no son esos mis principios. Yo tengo por emblema:

"Nada por todos; todo por uno ó... por una."

—Me gustan mucho las divisas, respondió Mirana; son hijas del Oriente y revelan toda una alma con una sola palabra; mas puede pasarse la vida en buscar ese *uno* ó esa *una* de que hablais sin encontrarlas.

—Entonces á nadie habia de dedicarse jamás la vida del hombre y su amor.

—Teneis razon! La vida que no se consagra á nadie es una vida perdida! "Nada por todos, todo por... uno."

B. DEL BARCO.

## LA HIJA DEL MAR,

cuento

POR DON E. LLOFRIU Y SAGRERA.

(CONCLUSION.)

XIII.

Apoco rato de haber entrado Milagro y Rosa en su gabinete, en donde acababa de tener lugar la escena que hemos presenciado anteriormente, apareció un criado anunciando al capitán de la *Milagro*.

D. Estéban al instante salió de la habitación y se dirigió al escritorio.

El capitán era un joven de buena presencia, arrogante figura, si bien un tanto brusco en sus modales. La tez curtida por los rayos del sol le imprimía cierto aire enérgico y fuerte, aunque la suavidad de su mirada y la dulzura de su sonrisa daban indicios seguros de un alma cándida y pura como la de un niño.

Apenas entró D. Estéban en el despacho, saludó cortesmente al capitán, quien contestando con la sonrisa en los labios, le entregó una carta y algunos papeles.

Leida la carta, y despues de dirigir una mirada al joven capitán, que explicaba mejor que nada el efecto simpático de su semblante, le dijo:

—¿Desea Vd. que se despache pronto?...

—Tan pronto como sea posible, porque necesito ver á mi pobre madre. Ya sabe Vd. el vacío que siente el alma cuando ha pasado mucho tiempo, muchísimo, sin oír el acento armonioso de la que meció nuestra cuna, sin encontrar el consuelo de su sonrisa, sin beber en su mirada el consuelo y la paz del corazón.

—¿Hace mucho tiempo, preguntó D. Estéban, que salió Vd. de su patria...

—Hoy se cumplen los diez años que faltó de Santa Pola.

—¿De Santa Pola! repitió con cierta expresion de sentimiento D. Estéban. Tristes recuerdos evoca á



mi memoria el nombre de ese pueblo. Al frente de su reducido puerto me hallaba á bordo de un buque mercante que conducía á Cádiz á toda mi familia: mi esposa y dos niñas como dos soles. Un temporal horrible sobrevino, y el mar amenazaba nuestras vidas con sus soberbias oleadas.

Estábamos á bastante distancia, y cerró la noche entre el estampido de los truenos y la amarillenta luz de los relámpagos.

Mi esposa implorando la clemencia divina con las dos niñas en brazos: los marineros discurriendo por el buque con esa fría serenidad que espanta, murmurando para sí el nombre de la Estrella de los mares, de la Salvadora de los navegantes, entre el rugido de las olas, era un espectáculo que hubiera arredrado al hombre de mas corazon.

Un grito desgarrador se oyó entonces, y uno de los grumetes exclamó con acento terrible:

—La embarcacion hace agua.

El viento nos impelia con mas fuerza hácia alta mar y era imposible salvarnos. La tripulacion recorria la cubierta con afán, y al ver aquellos semblantes lívidos y desencajados, ya no pude un momento dudar que éramos perdidos.

En vano las voces de "socorro" agotaban nuestras fuerzas: el huracan silbando en las jarcias, el mar estrellándose en los costados de la embarcacion y el retumbar del trueno confundían nuestras voces.

Pero no habia llegado el fin de nuestra existencia.

La misericordia de Dios quiso salvarnos, y nuestras señales de socorro fueron divisadas por un bergantin que llevaba rumbo contrario al nuestro y resistía mejor los embates del mar.

Se arriesgaron á echar un bote al agua: nosotros echamos el nuestro y la tripulacion pudo salvarse á duras penas.

Salté yo al bote para recibir en él al mas precioso tesoro que poseia.

Mi esposa, auxiliada por un generoso marinero, descendía llevando en brazos las dos niñas de las cuales una dormía tranquila en su cuna de mimbres. No bien habia puesto un pié sobre el bote cuando un furibundo golpe de mar cubrió nuestras cabezas.

Quedé aterrado y no oí mas que un gemido y la voz de mi esposa que exclamaba:

—Mis hijas...

Excuso manifestaros mi dolor entonces.

El marinero denodado arrojóse al agua y nada pudo conseguir.

La menor de mis hijas habia hallado su tumba entre las olas.

Algunos momentos despues nos encontramos á bordo del bergantin que nos condujo á esta ciudad en donde tuve la desgracia de perder á mi esposa.

—Permita Vd., le preguntó, en qué época aconteció lo que acabo de oír, dijo con marcado interés el capitán.

—La noche del 22 de diciembre de 1756.

—¡Justo Dios! no, no cabe duda, repuso el capitán sacando su cartera y consultando una fecha.

D. Estéban contemplaba asombrado las varia-

ciones que en el semblante del capitán se verificaban y no se atrevía á dirigirle la palabra.

—¿Está Vd. seguro? repetía, ¿está Vd. seguro de la fecha?...

—Oh... sí, muy seguro... ¿cree Vd. que se borrará jamás de mi memoria?...

—Pues bien: esa noche fué recogida por un anciano en las playas de Santa Pola una infeliz criatura casi moribunda, que yacía en una cesta de mimbres.

La pobre mujer que me lo contó veía en ello una cosa providencial, y aseguraba que solo un milagro de la Virgen ante quien oraba, pudo haber dejado oír el vagido de la niña entre el espantoso fragor de los truenos y el mugir de las encrespadas olas (1).

D. Estéban habia ido poco á poco levantándose del sillón, y volvió á caer en él abatido por la fuerte emocion inesperada que acababa de recibir, balbuceando estas palabras: Sí... sí... solo la Providencia, la Providencia...

El capitán acudió á socorrerle, sin que pudieran apercibirse en la casa. Ya por fin, volviendo en sí dijo con un acento indefinible:

—Gracias, Dios mío, gracias...

Corrió por todas partes como un loco, sin encontrar el cordón de la campanilla, diciendo al mismo tiempo

—¿Pero Vd. sabe, capitán....

—Sé que existe en Santa Pola, que se llama HIJA DEL MAR, y que es un ángel.

¡Oh! es imposible describir los trasportes de alegría que aquel gozoso padre disfrutaba en aquellos instantes!... ¡Qué latir su corazón, qué agitado respirar, qué palabras entrecortadas por los suspiros de su pecho!

—¡Milagro! ¡Milagro! exclamaba con ahogada voz tirando del cordón de la campanilla.

Estas voces pusieron término á la escena que anteriormente describimos.

Al instante aparecieron en la puerta del escritorio Milagro y Rosa, tendidos los brazos mutuamente por el cuello.

Rosa fijó sus ojos en el capitán...

Este palideció, se humedecieron sus ojos y gritó:

—Dios mío, Rosa!...

A este nombre siguió el de Lorenzo pronunciado por ella, que desprendiéndose de los brazos de Milagro estrechó la mano de su amante. Este no pudo contenerse mas, y pronunció conmovido estas palabras:

—Ese es tu padre.

D. Estéban corrió vacilante á estrechar á su hija, y ella ahogaba su acento con suspiros.

Inútiles serían cuantos esfuerzos hiciese por mi parte con el objeto de describiros la interesante escena en que tan dulces lágrimas se vertieron. En

(1) Verdaderamente, se resiste á la humana credulidad que en una noche tempestuosa pudiera oírse el vagido de un niño. Solo como un caso Providencial, como un aviso del cielo lo creía quien me lo contó, y yo no puedo ni debo alterar en un ápice la sencilla narración de este cuento.



ellas encontraron los personajes que formaban tan hermoso cuadro, un punto de descanso en la fatigada marcha de la vida.

Pasados los primeros instantes de emoción en que D. Estéban había estrechado á Rosa con frenética locura imprimiendo en su frente mil besos; en que Milagro, exigiendo una parte en tan intenso placer recibía en su torneado cuello uno de los brazos de su padre; y en que éste, colocado en medio de aquellos dos ángeles de amor y de ternura, aparecía radiante de júbilo, como el árbol que con su protectora sombra acaricia á los cansados viajeros. Lorenzo, después de un instante de silencio, se dirigió á Rosa, y estrechando su mano entre las suyas la preguntó:

—¿Y tu madre?...

La joven murmuró una palabra entre suspiros dolorosos...

Una palabra que llegó hasta el corazón del infortunado capitán, y le hizo dirigir una mirada al cielo como buscando allí á su madre.

—Capitán, dijo D. Estéban ofreciéndole los brazos, no, no hay en la tierra quien pueda llenar el vacío que una madre al morir deja en nuestra alma; pero si algún consuelo puede prestar á Vd. mi paternal cariño, en mí tendrá mas que su amigo, su padre, su protector.

—Gracias, D. Estéban, gracias, le respondió abrazándole en medio de su amargo sentimiento.

#### XIV.

El enlace de Rosa y Lorenzo tuvo lugar á los pocos días, sin lujo, sin ruido, sin ostentación.

Felices los que pasan sus días sin verse rodeados de esa turba de seres racionales que se llama alta sociedad, y que encuentran el paso libre en el sendero de la vida. Ellos semejan á esos cristalinos riachuelos que se ocultan en el seno de la tierra, y solo al sucumbir, confundiendo sus aguas con las del inquieto mar, asoman su corriente, dando un eterno adiós al mundo que ha ignorado su tranquila existencia.

#### EPILOGO.

Santa Pola no ha cambiado en nada absolutamente desde que la dejamos. Todo está en esa calma impassible del que espera, sin inmutarse, los acontecimientos de la vida.

Bien pueden las revoluciones, agitando sus inmensas alas, volar en torno á las grandes poblaciones; que no llegará hasta allí el rugir de un pueblo embravecido, ni el estrépito de las armas alterará la tranquilidad de aquellos lugares.

La casita blanca en cuya ventana habíamos visto entretejida una pasionaria ha estado mucho tiempo cerrada y secas sus flores, ni aun resto de vida pudiera distinguirse en ella.

Las madres, al pasar con sus hijos por aquella misteriosa morada, les narraban la sencilla historia de LA HIJA DEL MAR así como os la cuento.

Pasó algún tiempo, y la casa volvió á verse habitada.

Y la voz que Lorenzo había vuelto hecho capi-

tan corrió por el pueblo excitando la admiración de todos.

—Vamos á verle, decían unos sin poderse contener.

—Ya no se acordará de nosotros, replicaban algunos mas desconfiados.

Es lo cierto que el capitán Lorenzo abrazó á todos sus compañeros y fué el protector de los necesitados.

Los padres enseñaron á sus hijos á bendecir el nombre de aquel antiguo pescador.

Una noche al toque de oraciones se vieron dos personas dirigirse al reducido cementerio del pueblo, y depositar sobre dos tumbas que se hallaban unidas, dos coronas de siempre vivas.

Eran Rosa y Lorenzo que consagraban un recuerdo á la memoria de sus madres.

En cuanto á Milagro, afortunadamente pudo encontrar uno de esos seres cuyo destino es labrar la dicha de la mujer con quien se unen.

Halló una de esas almas puras que hacen olvidar los desengaños, y en cuyo seno tranquilo se respira un ambiente embalsamado por las hermosas flores de la ilusión.

En la misma casita que tantos recuerdos tenía para todos se reunió un día la familia entera, incluso el esposo de Milagro.

Una pasionaria volvió á crecer lozana como en otros tiempos, halagada por la suave brisa. También parecía tomar parte en el regocijo de aquellos corazones.

Un personaje de este cuento ha pasado desapercibido á los ojos del narrador.

Mariana, la desgraciada Mariana.

Los esposos preguntaron por ella, y supieron que había tomado el velo de las vírgenes consagradas al Señor.

No pudiera haber encontrado otro asilo que, lejos del mundo, mitigara la amargura de su alma.

Desde allí, elevando á Dios sus preces, recogía en su abatido seno lágrimas que nadie hubiera podido enjugar.

Oraba con frecuencia por la ventura de su primo, y el Señor la escuchó, dándole á ella la calma de los espíritus bendecidos, y á Lorenzo la posible felicidad en la tierra.

#### UN BAÑISTA

6

#### EL AMOR Y EL MAGNETISMO.

—Caballero.

—Señorita.

—Es la tercera vez que en el corto espacio de cuatro minutos, me estais repitiendo que soy hermosa.

—Es que sois encantadora, señorita.

—Pues hasta hoy no me habia apercibido de que lo fuese.



—Imposible. ¿No os mirais al espejo todas las mañanas?

—Mi espejo no está enamorado, y por lo tanto no me adula.

—Sin embargo, debe deciros la verdad y os la dirá....

—¿Y V., caballero?

—Yo, señorita....

—Sí, pero aunque hombre de verdad, ¿quién sois?

—¿Que quién soy? Un bañista enfermo de tedio que busca por todas partes lo que desea, que al fin ha encontrado su bello ideal y que se considera dichoso con solo que le permitais seguiros hasta el cabo del mundo.

—No pienso ir tan lejos.

—Tanto peor para mí.

—O tanto mejor. Me quedo en Vitoria.

—Yo también.

—Advertid que.... es embarazoso seguir como un zarandillo á una mujer, que aquella ciudad no es de las que ofrecen mayores diversiones y que vais á aburriros.

—Estoy seguro de no fastidiarme con tal que se quede V. allí.

—Caballero....

—Señorita....

—¿Pensais continuar hablando en este sentido amoroso?

—¿Por qué nó?

—Porque estamos parodiando una escena de amantes de teatro.

—¿De qué quereis que os hable, si me prohibís decir que sois encantadora, que teneis talento, gracia y de que.... os amo?

—Ese asunto será vuestro negocio, os interesará, pero á mí, psché!.... no me agrada gran cosa.

—Indicadme asunto que me sea permitido discutir.

—Cualquiera, excepto el que habeis tomado para debutar.

—Convenido. ¿Cree V. en la eficacia del magnetismo?

—Ni creo en él, ni dejo de creer.

—Pues voy á referiros una historia magnética.

—Le oiré á V. con gusto porque hace tiempo que me aqueja la curiosidad de saber á qué conducen esos *pases, pasas ó pasos*.

—Habeis estado en Deva?

—Este año nó; el pasado sí.

—Conoceis á Pedro Fernandez?

—De nombre y algo mas, porque leo frecuentemente con gusto sus famosas revistas matritenses.

—Conoceis al célebre doctor Sanchez Cura?

—Jamás he oido nombrarle.

—Le daré á V. noticia de su vida y milagros. En España hay una capital que se llama Madrid, una de sus calles es conocida con el nombre de Atocha; en esta calle hay una casa que lleva el número 10; el número 10 tiene su piso bajo; en este piso bajo vive un médico; este médico se llama Sanchez. Con este médico vive el literato Tomás de la Duda.

—Veo que me estais refiriendo la célebre historia del grano de pimienta.

—Qué historia es esa?

—Le diré á V., es una leyenda culinaria y con ella se demuestra que un grano de pimienta puede dar de almorzar perfectamente á seis convidados.

—¡A seis convidados!

—Si tal. Oid como. En un ternero se mete un cabrito, en el cabrito un faisán, en el faisán una perdiz, en la perdiz una alondra, y en la alondra un grano de pimienta.

—Convencido. Mas volvamos á nuestro tema sobre el magnetismo.

—Volvamos; pero hable V. con formalidad.

—Si tal, con mucha formalidad. Hace un mes que el médico Sanchez y el poeta Tomás de la Duda se encuentran en Deva. En el mismo establecimiento tomaba los baños Juan Largo con otros escritores de talento y personas de distincion. Despues de la comida tratóse de sobremesa acerca del magnetismo y sus maravillosos efectos. El doctor Cura defendia con calor la verdad y eficacia del nuevo descubrimiento. De la Duda, conforme con su apellido, negaba rotundamente que el magnetismo fuese otra cosa que una patraña mas ó menos nueva y con él reíase Largo de la gravedad con que el doctor defendia la importancia de los *medium*: — "*A la prueba me remito*," replicó el doctor, imponiendo silencio á los indrédulos.

—¿Quieren Vds. que esta misma noche celebremos una sesion magnética?—Sí por cierto, exclamaron á una los bañistas discudidores, no sin que algunos venerables inválidos, montados á la antigua, y tal cual señora de las que creen en agüeros y cosas supersticiosas, protestasen enérgicamente contra el proyecto de meter el diablo del magnetismo en tan pacífica reunion, temiendo sin duda que hiciese alguna de las suyas. Contra viento y marea la sesion comenzó á las ocho de la noche en el comedor para no interrumpir la algazara de los jóvenes que cantaban y bailaban en el gran salon, ni la tranquilidad de los retraidos achacosos y reservadas mamás que en el jardin paseaban ó jugaban al tresillo en la sala de recreo.

La atmósfera estaba muy cargada de electricidad, tanto como para mí lo está ahora el ambiente que al lado de V. respiro. Media docena de *pasas* bastaron para sumergir á Tomás de la Duda en un profundo letargo. El incrédulo sentia los efectos de su incredulidad. Vendáronle los ojos con un pañuelo de batista en varios dobleces, y de esta manera empezó sus experimentos el magnetizador. Sentóse al lado de un velador el magnetizado Duda, y Pedro Largo de frente. Tomó éste una baraja y pusiéronse á jugar á la *cuarenta y una*.

—Dé V., dijo el sonámbulo.

—Corte V., contestó Largo.

—Tres cartas.

—¿Tres? pocas son.

—Las bastantes para haber ganado.

Cuantas veces jugaron otras tantas pidió Duda sin ver sus cartas, las precisas para ganar. Asombro general. Esto no es nada, exclamó el doctor presentando á su víctima un libro de literatura en



rústica sin cortar las hojas, y mandándole leer teniéndole.

—En que página quiere V. que lea? dijo la Duda.  
—En la trece; pero sin abrir el tomo.

Pronto y bien mandado recitó aquel un párrafo, que criticaba de libre el *Arte de amor* de Ovidio. Abrióse el libro, y efectivamente en la página trece leyó uno de los espectadores el mismo pasaje sin faltar punto ni coma.

Juan Largo dudaba aun de la virtud del magnetismo: para convencerse propuso al doctor que leyera el magnetizado una carta cerrada que para enviar por el correo tenía en la cartera.

—Venga la carta replicó Cura. Largo se la entregó al magnetizado. Este sin romper la neta acertó á decir que era una consulta de abogado, dirigida á un preso en el Saladero de Madrid por causa criminal, cuya defensa estaba encomendada á Largo.

—En efecto, añadió éste. ¿Pero decidme cuándo he escrito yo esta carta?

—Ayer mañana.

—¿Cuándo recibí la del preso?

—Hace tres días.

—¿A qué hora?

—A las tres de la tarde.

La admiración subió de punto. Juan Largo empezó á creer en el magnetismo. Mas otro de los concurrentes quiso hacer nuevas experiencias mas inequívocas.

—Mandad, dijo al doctor, que el sonámbulo me siga en un viaje intelectual de placer.

—Puede V. tomar el pasaporte. El magnetizado os acompañará á todas partes. Así fué que éste continuó revelándole en alta voz lo que con el pensamiento hacia en estos términos: "Ahora está V. en Madrid con el pensamiento. Toma V. una berlina de plaza para ir á las diligencias del Norte.

—¿Qué número tiene el coche? interrumpió el viajero.

—Ciento ocho. Tomais billete para Bayona.

—¿De qué clase?

—Berlina. Llegais á Bayona, y por el ferrocarril en el correo á París. Entrais en casa del famoso magnetizador Mr. de Lorm. Veis nuevas pruebas magnéticas y quedais convencido de que si el magnetismo no es una ciencia, tampoco es seguro que sea una brujería y menos una farsa de mal género. De vuelta de París hallareis á una señorita.... pero callemos, que esto os incomodará hasta en profecía."

Tomás de la Duda, Juan Largo y compañía que ni oír hablar querían del magnetismo, concluyeron por creer en él y por convertirse en sus mas ardorosos propagandistas.

—Hé aquí la verdadera historia de una sesión magnética á la cual he asistido. Ahora bien, ¿dais crédito al magnetismo?

—Bajo vuestra palabra.

—¿Creeis tambien por ella en que no me será fácil extinguir la pasión que en el discurso de este viaje me habeis inspirado?

—"Ver y creer," dijo Sto. Tomás.

—Pues creed desde luego á Emilio Roca, abogado y escritor.

—Y V. crea en Teresa Rivera, Baronesa de la Verde y viuda de.... ¿Habeis consultado sobre lo demás que osallo á vuestra ciencia magnética?

—Para qué? El mejor consultor es el corazón.

Y qué os predice?

—Que ireis el próximo invierno á Madrid, tendré la dicha de trataros con mas frecuencia, me conocereis y....

—Acabad.

—Quizá mi franqueza os ofenda.

—Decid.

—Y yo.... amaré y seré amado de mi linda viajera que antes de un año podrá, si quiere, llevar mi nombre.

—Sois muy galante; pero demos al tiempo espera. Si en Madrid nos encontramos, como me prometo, de V. dependerá desmentir ó aprobar la profecía magnética y hacerme creer de que hay algo de verdad en vuestro corazón, como me habeis convencido de que es difícil resistir á las pruebas del magnetismo.... amoroso.

—¿Consentireis en....

—Tomar un segundo marido? Qué quereis! es preciso hacer algo para no dejar por mentiroso al magnetismo.

El viajero y la viajera, sin prestar asenso al magnetismo de los *medium*, se han acercado al altar enteramente seguros de que son eficaces siempre los *medios* que el amor pone en juego para magnetizar á sus favorecidos.

Consecuencia: el magnetismo animal que tanto preocupa al mundo científico es nuevo y podrá ser falible; el amor es antiguo y rara vez se equivoca; porque como dijo el poeta latino: *Cuncta vincit amor*.

B. DEL BARCO.

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Quien á solas serie, de sus picardías se acuerda.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

